

LEÍAN EN EL LIBRO

La ayuda del que conoce más

Hechos 8:26-35

por Antoni Mendoza i Miralles

© Edicions Cristianes Bíbliques, 2003

Apartat 10053, 08080 Barcelona-Catalunya (Espanya)

correu-e: ecb.edicions@wanadoo.es

Maquetació: AMM, Apartat 2533, 08080 Barcelona-Catalunya

Introducción

Nuestra lectura en los Hechos, nos describe el encuentro entre el Evangelista Felipe con el alto funcionario de la reina de los etíopes, que volvía de adorar en Jerusalén. Es un ejemplo claro de como, bajo la guía del Espíritu Santo, podemos establecer un punto de contacto, unas bases comunes, a partir de las cuales presentar el Evangelio. Con todo, aquel etíope estaba leyendo las Escrituras, y de eso, y de la ayuda que le prestó Felipe, podemos extraer algunas lecciones importantes para nosotros, que ya somos creyentes.

Antes de nada, hemos de “leer”

Aunque parezca una cosa evidente, lo que nunca hemos de hacer es buscar ayuda antes de comenzar a hacer la lectura de la Palabra de Dios. Una cosa es leer, y otra escuchar lo que otro nos dice sobre lo que él ha leído.

Lo que hacía el etíope, cuando Felipe se acercó

“...leyendo el profeta Isaías...” (Hch 8:28b).

Hemos de recordar lo que dijimos sobre el significado de “leer”. En el primer capítulo vimos que leer exige que hagamos una “lectura comprensiva”. El etíope estaba leyendo el libro del profeta Isaías, buscando el sentido de las palabras, las frases, los párrafos; puesto que su interés por las cosas de Dios era sincero, le había llevado a Jerusalén, y ahora lo llevaba a casa buscando conocer mejor al Señor y su voluntad.

También hemos visto que, una lectura adecuada de la Palabra de Dios, además de ser una “lectura comprensiva”, ha de hacerse de una manera adecuada espiritualmente; y que si no nos encontramos en las condiciones espirituales adecuadas, puede dificultar nuestra comprensión de lo que leemos. La disposición de aquel etíope, por lo que podemos ver por el contexto, era inmejorable: tenía hambre de Dios, hambre de entender la Palabra acertadamente, y hambre de aplicarla a su vida. De otra manera

hubiera sido imposible que creyese y fuese bautizado en el nombre de Jesús tan rápidamente.

Antes de buscar ayuda, hemos de entender que la Biblia es su propio intérprete

“...Erráis ignorando las Escrituras...” (Mt 22:29b).

Para comprender las Sagradas Escrituras, en primer lugar, las hemos de conocer. No podemos olvidar que cada parte de la Biblia forma parte de un todo; y que cuanto más y mejor conozcamos el todo, más y mejor conoceremos sus partes. Lo primero que hemos de hacer los cristianos es tener un conocimiento general de las Escrituras, antes de centrarnos en el conocimiento de cada uno de sus aspectos particulares. No podemos entender la función de los dones en la vida de la Iglesia, si primero no tenemos claro los efectos de la salvación en la vida de una persona, y lo que es la Iglesia según el Nuevo Testamento -por ejemplo-.

Al primero que le hemos de pedir ayuda es al Espíritu Santo

“...él os enseñará todas las cosas... él os guiará a toda verdad...” (Jn 14:26; 16:13).

¿Quien nos puede aclarar mejor las Escrituras que aquel que las inspiró a los escritores humanos escogidos? La única manera como podemos recibir su ayuda es por la oración, en el Espíritu, sincera y constantes. En ocasiones la respuesta a nuestra oración es rápida, en ocasiones, se hace esperar, según la obra que Dios quiere hacer en nuestras vidas. Pero no podemos dejar nunca de lado la iluminación del Espíritu Santo, ni sustituirla por ninguna otra alternativa.

Jesús únicamente dijo del Espíritu que nos enseñaría todas las cosas, y que nos guiaría a toda verdad. Es más, el apóstol Juan, bajo la inspiración del mismo Espíritu, escribió en su primera epístola: “*Mas vosotros tenéis la unción del Santo, y conocéis todas las cosas*”, y “*Pero la unción que vosotros habéis recibido de él, mora en vosotros, y no tenéis necesidad que ninguno os*

enseñe; mas como la unción misma os enseña de todas cosas, y es verdadera, y no es mentira, así como os ha enseñado, perseveraréis en él” (1Jn 2:20, 27).

Lo cierto es que estas palabras e instrucciones, aunque las hemos leído muchas veces, y hablamos de ellas con cierta asiduidad, están un poco alejadas de nuestra experiencia personal. Requieren demasiado trabajo y esfuerzo espiritual, y encontramos más “práctico” buscar la respuesta en alguien que nos pueda dar una respuesta práctica, su respuesta. Pero no todo lo que hacemos es lo que dice la Escritura que hemos de hacer, ni lo hacemos como ella dice que se ha de hacer. Ha sido nuestra dejadez espiritual, el haber cambiado los patrones bíblicos por otros alternativos, lo que ha permitido que el “diotrefismo” (ver 3Jn), en sus diferentes variantes, desde la dictadura eclesiástica hasta el énfasis en el liderazgo eclesiástico, el “movimiento de pastoreo” o de “cobertura espiritual”, etc., se haya extendido entre lo que se llama “Iglesia cristiana”.

La ayuda en el “Cuerpo de Cristo”

Una vez hemos establecido los principios anteriores, podemos entrar a considerar si otros nos pueden ayudar en nuestra lectura bíblica, y como lo han de hacer.

El Señor ha dado “maestros” a su iglesia

“Y él mismo dio unos... pastores y doctores” (Ef 4:11).

Los redimidos estamos unidos a Cristo, al que confesamos como nuestra Cabeza, y entre nosotros en el “cuerpo de Cristo”, que es uno solo, y es la Iglesia. Esta realidad espiritual se hace objetiva en la iglesia local, organizada según las pautas del Nuevo Testamento. Los “pastores y doctores” son la provisión que el Señor ha establecido para ayudarnos en nuestra comprensión de la Palabra de Dios, sin substituir la tarea del Espíritu Santo de la que hemos hablado en la sección anterior.

Aunque dichos “pastores y doctores” lo son en una iglesia local, no hemos de olvidar que el Señor los ha dado a los santos, al cuerpo (Ef 4:12). Sin interferir en la autonomía de la iglesia local, su ministerio puede ser de ayuda a otras iglesias que soliciten su cooperación para comprender mejor la Palabra de Dios. Y también se puede extender en el tiempo, además de geográficamente, mediante la letra impresa, por los libros. Esto ha sido así desde los primeros momentos de la historia de la Iglesia, cuando aún se habían de copiar a mano los escritos, y no todos sabían leer; y ha sido de una manera especial desde la invención de la imprenta. Pero hemos de ir con cuidado, pues al lado de obras de “pastores y maestros” creyentes en Dios y reverentes a su Palabra, se han introducido muchos de carnales, cuando no enemigos de la Cruz de Cristo (Fil 3:18-19).

Ser de ayuda forma parte de lo que encargó Jesús a los suyos

“Enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado...” (Mt 28:20).

Sin interferir en la tarea que ha de llevar a cabo el Espíritu Santo, ni en las de los “pastores y maestros” –para la que el resto de los hermanos no han sido llamados ni capacitados por el Señor–, todos los cristianos maduros hemos de ser capaces de poder ayudar a los nuevos cristianos según nuestro crecimiento en el Evangelio. Eso también quiere decir que, en un momento dado, podemos ir a hermanos más maduros a pedirles su ayuda sobre lo que hemos leído en la Palabra de Dios.

Bajo la acción del Espíritu

“Y el Espíritu dijo a Felipe...” (Hch 8:29).

Queremos destacar dos características que han de evidenciar aquel a quien nos acercamos para pedirle ayuda para comprender mejor la Palabra de Dios. La primera característica es que debe tener una sana doctrina, conforme a la verdad de la Palabra de Dios. No podemos ir a buscar luz de uno que camina en las tinieblas de

sus propios pensamientos, aunque se llame o lo llamen “maestro cristiano”. Y de esas personas hay muchas en la actualidad, y las librerías llamadas “evangélicas” están llenas de sus libros, que extienden sus tinieblas y su veneno entre el inadvertido pueblo de Dios. La luz únicamente puede venir de la Palabra de Dios: *“Lámpara es a mis pies tu palabra, y lumbrera a mi camino”* (Sal 119:105).

La segunda característica, es que ha de actuar bajo la guía y acción del Espíritu Santo, como lo hizo Felipe. Para poder compartir luz, uno ha de ser primero “iluminado” por el Espíritu Santo: *“Así que, si la lumbre que en ti hay son tinieblas, ¿cuántas serán las mismas tinieblas?”* (Mt 6:23b).

Hemos de vigilar, y confirmar que estas dos características se den en aquel al que queremos pedir ayuda para comprender mejor algún aspecto de la Palabra de Dios. Debemos rechazar a todo aquel que no las muestre, tanto su enseñanza como sus libros, para evitar que nadie entorpezca la acción iluminadora del Espíritu Santo en nuestras vidas.

Ayuda para entender lo que estamos “leyendo”

La manera en que Felipe actuó nos ilustra dos aspectos importantes en la tarea de ayudar a entender las Escrituras. Lo primero es que no se ha de intervenir mientras no sea necesario; lo segundo, que hemos de actuar en aquello sobre lo que se busca luz.

Actuar como ayuda y no como sustituto

“Mas ¿entiendes lo que lees?” (Hch 8:30b).

Felipe actuó bajo la guía del Espíritu Santo, pero no actuó hasta que se dio cuenta que aquel hombre necesitaba que alguien le explicara lo que hasta ese momento, aunque había buscado la luz de Dios en oración, no había conseguido entender. Felipe fue llevado por el Espíritu para completar la tarea que llevaba a cabo en el corazón del etíope, no para sustituirla. Si una persona está

recibiendo luz del Señor sobre aquello que está leyendo, nadie tiene derecho a interrumpir la acción iluminadora de Dios para actual él.

El etíope era consciente que había llegado a un callejón sin salida, y que necesitaba de un hombre de Dios que compartiese con él la luz que había recibido del Espíritu Santo sobre el tema. Las palabras: “*¿Y cómo podré, si alguno no me enseñare?*”, fue la indicación que el Espíritu Santo dio a Felipe para que ayudase a aquel hombre a acabar de entender el significado de las palabras de Isaías 53:7 y 8, especialmente.

El etíope no buscó un sustituto a la iluminación del Espíritu Santo, ni Felipe actuó en ningún momento en sustitución del Espíritu, fue un instrumento de Dios.

Aclarando lo que debe ser aclarado

“Ruega ¿de quién el profeta dice esto?” (Hch 8:34b).

Felipe aclaró la duda que tenía el etíope sobre lo que había estado leyendo aquel hombre de una manera comprensiva y con una disposición espiritual adecuada.

No era cuestión de sacar un tema, y ver qué tenía Felipe a decir. No que Felipe disertara sobre su tema predilecto de la fe cristiana, o del que tenía un mejor conocimiento. Una ayuda ha de ser eso, una ayuda. Y lo vemos por la rapidez con que se desarrollan los acontecimientos. Un vez Felipe le anuncia el Evangelio a partir del texto de Isaías, el hombre comienza a verlo todo cada vez más claro, hasta que llega a la conclusión de lo que ha de hacer, según la luz que ha recibido de la Palabra de Dios, siendo bautizado como testimonio de su fe en el Mesías anunciado por Isaías, en Jesús.

Conclusión

Hemos de progresar en nuestra comprensión de la Palabra de Dios, sin detenernos. Para eso, lo que hemos de hacer en primer lugar es buscar la iluminación del Espíritu Santo. Hemos de llegar hasta donde el Espíritu nos ilumine, y si aún así necesitamos ayuda, hemos de buscar los hombres que Dios ha capacitado para llevar a cabo esta tarea en nuestras vidas. La ayuda de hermanos más maduros, si es el caso; la ayuda de los “pastores y doctores” locales; y la ayuda de aquellos que capacitados por el Señor han llevado a cabo un ministerio más allá de su iglesia o de su tiempo. Es bueno poder disponer de una buena biblioteca básica cristiana de consulta, sin que ésta sustituya la acción iluminadora del Espíritu Santo; y asegurándose que son libros que nos pueden traer luz, y no oscurecer la luz que tenemos, y aún menos apartarnos de la Palabra.

Edicions Cris|tianses Bíbliques